

La Historia Sagrada que podemos llamar del Norte fue seguramente la que más tardó en escribirse y la más original. El reino del Norte tenía una gran ventaja para tal labor, porque tenía ya el Libro de las Leyendas, que el nuevo redactor tomó por base y por modelo, copiándolo a veces y añadiéndole otras partes esenciales, especialmente en lo concerniente a los comienzos de la humanidad.

Lo más personal del redactor jehovahísta, lo que le diferencia de sus antecesores, fue una profunda filosofía, cubierta del velo mítico, un concepto triste y sombrío de la naturaleza, una especie de odio pesimista a la humanidad. Su Jehová es terrible y colérico, y se arrepiente tantas veces de haber creado el mundo, que una lógica meticulosa le preguntaría por qué lo hizo. Los relatos de la caída original, de Caín y Abel, de los gigantes y del diluvio, tienen como objetivo demostrar que el pensamiento del hombre va a parar siempre al mal. Como todos los profetas, el jehovahísta odía la civilización, y cada progreso le parece un crimen, seguido de un castigo inmediato. Los intentos de cultura mundana, profana, monumental y artística de Babel, son los crímenes por excelencia. Nemrod es un rebelde. Cualquiera que se muestre grande en algo ante Jehová, es un rival de Jehová.

Esta agobiante tristeza de ideas llega a lo sublime, gracias a un estilo bronceo, sin igual ni semejante en la más remota antigüedad. La marcha, audaz y abandonada alternativamente, del relato nos hace pensar en las rapsodias homéricas más hermosas. Una mezcla de vulgaridad y elevación, de idealidad y realismo, tiene siempre suspenso al lector. Este relato es la niñez del ingenio humano, pero una niñez llena de sentimientos de una vigorosa juventud. En ciertos momentos es ya la edad madura.

Cuando combina los orígenes anteriores, es decir, el Libro de las Leyendas y el de las Guerras, con la tradición siria, el autor se encuentra con más de una dificultad. Al contradecirse las traducciones, procede por yuxtaposición, de un modo que podría llamarse diplómico, sistema que se emplea mucho en la redacción de los Evangelios, especialmente en el de San Mateo.

Por ejemplo, el mito del jardín del Edén variaba, según las tradiciones. En una, el árbol central del paraíso era el árbol de la vida; en otra, era el de la ciencia del bien y del mal. El redactor jehovahísta decidió ponerlos a ambos en medio; en el mismo relato se confunden y se distinguen sucesivamente ambos árboles. Otros ejemplos del mismo procedimiento pueden comprobarse en la historia de Ismael, en el bello relato del viaje

del servidor de Abraham, y en otros puntos de la narración. Todo lo relativo a la familia de Moisés es contradictorio en grado sumo. En muchos casos, el redactor atenúa, altera o explica mal aquello de lo que no comprende el sentido.

Sólo tenemos fragmentos de la Historia Sagrada, tal como salió de las manos del jehovahista. Más adelante (a nuestro parecer, en tiempo de Ezequiel) se combinó la Historia Sagrada del Norte con un libro análogo escrito en Jerusalén, y en esta obra de recopilación se suprimieron páginas enteras de ambos relatos, para evitar contradicciones demasiado evidentes, o para prescindir de ciertos pasajes que repugnaban a sus ideas.

Es muy conocido el principio del Génesis, la creación del hombre en una tierra sin lluvias ni vegetación; la del jardín regado por un río, dividido en cuatro brazos; la aparición de la primera mujer, la tentación de la serpiente y sus consecuencias, y la expulsión del paraíso, a cuya entrada coloca Jehová al querubín con la espada flamigera.

Entonces comienza la historia humana. El hombre da a la mujer un nombre arameo: Hawa, «la que da vida»; Jehová, vestidor de figuras a estilo de Miguel Ángel, les da pieles de bestias para que se cubran; nacen Caín y Abel (el redactor de que hablamos no conoce a Seth) y se origina la envidia de aquél y la muerte de su hermano.

Los cainitas pueblan el mundo, y la primera ciudad es llamada Henocho, como el hijo de Caín. En las genealogías que siguen abundan los personajes fabulosos que recuerdan los dioses inventores y civilizadores de Fenicia y de Caldea.

En la mayoría de las partes del relato es difícil distinguir la parte del jehovahista de la del Libro de las Leyendas, en el que están calcadas las historias de Abraham, Isaac, Jacob y José, esencialmente israelitas, formadas en el Norte. El autor conoce los mitos que unen a Israel con los moabitas, amnitas, edomitas, árabes y arameos. Gusta de las anécdotas sobre Lot, Sodoma y las ciudades del lago Asphaltites.

La creación esencial del autor es la leyenda de Moisés, y el cuadro clásico del paso del Mar Rojo parece obra suya también.

La fijación de la Pascua (antigua fiesta de la primavera) se consideraba ya enlazada históricamente con la salida de Egipto. Lo que marca una innovación capital es la inserción en la Historia Sagrada de un Código que abarca toda la institución moral de un pueblo, según la entendía el jehovahismo del Norte.

Seguramente el jehovahista fue uno de los escritores más extraordinarios que han existido. Es un pensador sombrío, religioso y pesimista a un tiempo, tan antropomórfico y casi tan mitológico como el autor del Libro de las Leyendas, pero tiene mucho más desarrollado el pensamiento religioso. Los relatos de la creación de la mujer, de la tentación, del pudor que nace con la falta, de las anchas hojas de higuera india destinadas a vigilar la primera vergüenza son los mitos más filosóficos que pueden hallarse en una religión.

Generalmente, siempre que se trata de las relaciones entre los dos se-

xos, del amor y del matrimonio, el jehovahísta es profundo, conmovedor, casto y misterioso. Creación suya son Isaac y Rebeca, Jacob y Raquel.

Se puede decir que el pecado original fue una invención del jehovahísta. Cada progreso humano es un pecado, y el pecado es a veces para él (como en el mito de Edipo) un acto no cometido a sabiendas.

El pecado por ignorancia tiene las mismas consecuencias que el pecar adrede. La explicación de toda la historia humana por la tendencia al mal, por la corrupción íntima de la naturaleza, es del jehovahísta y fue el fundamento del cristianismo de San Pablo. El plan de redención, que es la consecuencia del dogma del pecado, está concebido muy claramente por nuestro autor. La salvación del mundo se realizará por la elección de Israel, en virtud de las promesas a Abraham, y en esto hallará el cristianismo su punto de partida, afirmando que Jesús, procedente de Israel, ha realizado el programa divino y ha reparado el mal que surgió de la falta de Adán.

El redactor jehovahísta era un profeta, y puede decirse que el más grande de los profetas. Es el doctrinario del profetismo, porque resume y aplica los principios que los profetas explicaban. Cuando el autor acabó su obra, pudo decirse: «Ha nacido un libro.» Mejor dicho: aquel día nacieron, realmente, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Los antiguos instintos monoteístas de los semitas nómadas llegaron, por la labor incomparable de aquel férreo buril, a fijarse en una religión claramente definida y determinada. La bóveda de la Capilla Sixtina es la única traducción digna de estas páginas sublimes. Miguel Ángel fue el único artista que supo interpretar al jehovahísta, porque es su hermano, según el espíritu.

Seguramente el escritor jehovahísta debía formar parte de la escuela de Elías y compusiera su libro sobre el año 850, reinando Jehú.

¿Cómo es tan dudosa la fecha de una obra así? ¿Cómo se ignora el nombre de quien escribió esta obra maestra? Lo mismo ocurre con los poemas homéricos, con casi todas las epopeyas, con los Evangelios, y con todas las obras grandes salidas de las tradiciones populares. Los libros de ese género no son nada para la primera generación que conoce perfectamente las tradiciones en que se basan. Después se complican cuando se pierde la tradición directa y no hay más testigos de lo pasado que los escritos.